

DISCURSO

pronunciado por el Rector de la Universidad
Prof. Dr. Carlos A. Arroyo del Río,
con motivo de la inauguración del curso universitario
de 1.933 a 1.934.

Señores:

Inicia hoy la Universidad de Guayaquil, una nueva jornada en su camino ideológico. Tras el descanso reglamentario, reanuda sus actividades la colmena que elabora, dentro de la serenidad, —no siempre bien comprendida— de esta casa, néctares de Verdad que pueden deleitar la exigente exquisitez de los espíritus que se cultivan.

Desde que se me confió la misión, honrosa e inmerecida a un mismo tiempo, de regir los destinos de esta institución, procuré, interpretando el sentimiento dominante en ella, adoptar como línea directriz de mi desempeño, la de obtener un acercamiento evidente y provechoso, entre la Universidad de Guayaquil y el medio en que ella actúa. He abrigado un anhelo, y contando con el valioso contingente de aptitudes y de energía que me prestaban los dos elementos que integran y hacen la Universidad, esto es, la docencia y el alumnado, a su realización he consagrado mis esfuerzos: que la Universidad de Guayaquil se hiciese sentir, cada día más y siempre de modo plausible, dentro de la sociedad en que ella vive y se desarrolla.

Los que amamos realmente la Universidad; los que tenemos alto concepto de su misión y fe inquebrantable en sus destinos, no podríamos conformarnos con que la Universidad realice una misión hermosa y fecunda, pero ignorada, cuando no discutida y tergiversada. Los elementos verdaderamente universitarios, queremos una Universidad cuyas manifestaciones trasciendan, influyan y hasta decidan en la marcha de los acontecimientos colectivos. Una Universidad que no pase desapercibida, que se imponga ante el concepto general y sea factor deliberante en las resoluciones y aptitudes con que se

caracteriza un pueblo o se define un tiempo, tiene que ser la aspiración de cuantos se sienten, lealmente vinculados a ella, por encima de cualquiera honrada divergencia de anhelos o de ideas.

Mas, para que ese empeño pueda convertirse en realidad, es necesario establecer una base indispensable: la preparación efectiva de los elementos universitarios. Si los estudiantes de hoy aspiran a ser mañana, con indiscutible derecho, los directores del desenvolvimiento social, los que encaucen las fuerzas colectivas, es preciso que se capaciten, de modo eficiente. La Humanidad ha progresado ya bastante, en todos sus órdenes de actividad, para pensar que se la puede sorprender haciendo de la simulación un pedestal, o de la vocinglería un argumento. La sociedad quiere conductores sinceros y aptos. En el punto a que ha llegado la civilización del hombre, no son admisibles simples procedimientos de emotividad, sino de reflexión y de saber. El brote sentimental, casi podríamos llamar instintivo, en materias que requieren preparación, constituye un medio demasiado primitivo. El empirismo y la improvisación, han sido justamente, unas de las más frecuentes causas de nuestros más agudos males. Hemos creído que todo puede ser solucionado a base de ductilidad, de intuición o de audacia, y hemos confiado demasiado en que el organismo colectivo se resigne a ser sujeto de todo género de experimentos.

Mucho se ha hablado y escrito, respecto de cuánto representa la juventud, para el porvenir social. Quizás no se ha expresado, todavía, todo lo que podía decirse, acerca del incontrarrestable derecho de las juventudes, para asumir más tarde la dirección de las actividades sociales. Pero los derechos implican obligaciones correlativas. El afán justo, legítimo y laudable, de las generaciones que van llegando, para sustituir o reemplazar a las generaciones que les precedieron, debe ser una aspiración sana y equilibrada de mejoramiento y evolución, no un afán desorbitado de asalto prematuro o de grotesco arrebatado. El levantado deseo de ser exponente o síntesis de una cultura, de una ideología o de una época, trae consigo el imperativo de procurar, por su parte, todos los antecedentes que habiliten para ocupar esa situación. El acopio de esos antecedentes se hace, precisamente, en los años juveniles de la vida, dedicados a los estudios fundamentales, que permitirán, después, a cada cual, efectuar la obra de especialización en el ramo que más conveniente estime.

Es en mi concepto, un grave error, creer que la suerte sea factor que pueda producir éxito favorable en la vida, por sí sola. Casi siempre los resultados sobresalientes que se le atribuyen, son, únicamente, el efecto de una preparación antigua, silenciosa, modesta y eficaz.

Los problemas generales, hoy más que nunca, son trascendentes, numerosos y profundos, y afectan a la esencia misma de nuestras organizaciones, abarcando, en ciertos casos, integrales revisiones de lo hecho durante el decurso de los siglos que comprende la existencia humana. Mientras más vasta y honda es una cuestión, su solución tiene que ser más meditada y cuidadosa, y los encargados de procurarla, deben poseer una orientación más certera y firme. Las cuestiones que, en la hora presente, preocupan a los hombres, son de una complejidad innegable; pero esa misma complejidad requiere apreciación cabal, discriminación tranquila, decisión a base de conocimiento y buena fé. Se diría que hay una proporcionalidad inalterable entre la gravedad de un asunto y la calidad científica de su fórmula de solución.

Porque la Universidad de Guayaquil comprende que las cuestiones que se suscitan en el devenir colectivo, son, cada día más intrincadas y sustanciales, estima que es su deber, procurar que los elementos directores del futuro alcancen también, cada vez, una preparación más amplia y vigorosa. Felizmente, el criterio de catedráticos y alumnos, dentro de la Universidad de Guayaquil, se orienta, incontrastablemente, en ese sentido.

Si las Universidades no tuviesen una noble idea de su misión, les sería obvio establecer un sistema censurable—para no decir punible—de condescendencia en sus faenas; y bajo el falso nombre de una labor de generosidad y benevolencia hacia el estudiantado, realizar la obra peligrosa de convertir los estudios superiores en un mero formulismo, y el otorgamiento de títulos académicos en una como emisión sin respaldo, que halaga por el momento, pero que conduce irremediable y rápidamente a la ruina y al caos.

Por el decoro de los elementos que la integran, por mantener incólume su prestigio, la Universidad de Guayaquil tiene que hacer obra circunspecta y digna; y está segura de que la juventud inteligente y reflexiva que va ingresando a sus aulas, reconocerá hoy y aplaudirá mañana esa labor que si, ahora, alguno, podría calificar de severa, ante las realidades de la

actuación, tendrían después que llamarla salvadora. En la docencia universitaria de Guayaquil, hay afecto para el alumno quiere decir carencia de rectitud. En la Universidad de Guayaquil, hay, verdadero interés por la suerte de sus estudiantes; pero interés, no significa vituperable condescendencia. En la Universidad de Guayaquil, hay sobre todo, un deseo de inquebrantable cooperación entre maestros y discípulos, a base de la unidad en los propósitos y la mutua consideración en sus relaciones, para conseguir que dentro de la vida de la institución no haya una falta de armonía, ni una nota de despreocupación, ni una sombra de egoísmo.

Mis palabras son de franca exposición, de convicción arraigada. Sé que me dirijo a hombres que buscan la Universidad, conscientes de lo que en ella pueden encontrar para su porvenir, y resueltos a darle todo el contingente valioso de sus talentos, de sus impulsos y de sus entusiasmos. La Universidad es el hogar de tranquilidad vivificadora y de generosa inquietud, donde se dan un abrazo estrecho todos los que sienten poseído su espíritu de un mismo ideal y enardecida su mente por una misma obsesión de sabiduría. Por eso, en la Universidad de Guayaquil—lo repetiré una vez más—hay cabida para todo concepto honrado que quiera abrirse campo. En esta casa solo se pide al que quiere sustentar un criterio o propugnar una doctrina, que ésta sea consonante con la misión universitaria, que haya sinceridad en la convicción y que se emplee cultura en el procedimiento.

La misión instructora y educativa es sumamente delicada. En ella no deben existir vacíos ni desarticulaciones, a través de las tres sucesivas y graduales enseñanzas que nuestra ley contempla: primaria, secundaria y superior. Así como sin una base sólida de instrucción primaria, sería imposible que la secundaria resultare provechosa; si ésta fuese deficiente, accidentada y convencional, la enseñanza superior constituiría un desastre, y, el alumno que llegara a la Universidad, se encontraría como frente a una muralla que no lograría salvar, por falta de preparación oportuna, a pesar de su inteligencia y sus empeños. No se obtendría buenos universitarios, donde no hubiera buenos bachilleres. El eslabón es demasiado estrecho, para que se pueda eludir la regla de que la Escuela hace el Colegio, y el Colegio hace la Universidad.

Una de las actividades humanas en que no cabe, realmen-

te, hacer favores, es la de la enseñanza: porque el favor—que más exactamente debería ser llamado engaño—pasa, y la ignorancia queda.

El estudio requiere una dedicación paciente, ininterrumpida, apacible. Cursos irregulares, incompletos y tumultuosos, tienen que traer como resultado, deficiencia en el aprendizaje, ineficacia en las pruebas, vacío en los conocimientos, fracaso, en fin, de los años de aprendizaje. Desde el elevado sitio de esta Rectoría, no puede decirse a la juventud, que siente avidez de preparación individual y colectiva, sino palabras de verdad. Rompería mi pluma y anudaría mi voz, antes de incurrir en la vulgaridad de una declaración dañina, almibarada e insincera. Yo sólo debo decir a la juventud universitaria, que es preciso, que es indispensable y que es urgente, capacitarse bien, formarse a conciencia, de manera completa y seria, para que queden satisfechos sus más íntimos y legítimos anhelos, y de sus filas salgan los valores que puedan afrontar más tarde, de modo acertado, la solución de las arduas cuestiones que estamos contemplando ya y que tendremos que contemplar después. La Universidad de Guayaquil debe aspirar a distinguir siempre su actuación por estas características: seriedad, rectitud, altivez y energía. La base de toda organización universitaria, tiene que ser la colaboración correcta, convencida y leal de sus componentes. Dentro de una organización universitaria no deben existir la indiferencia ni la anarquía. Ni la inmovilidad congelante de los cementerios, ni la devastación inconducente de los huracanes. Ni la paz de Varsovia, ni el laberinto de Babel.

Fiel al deseo de capacitar, efectivamente, a la juventud, ofreciéndole nuevas sendas de actividad, la Universidad de Guayaquil, ha puesto singular empeño en ampliar un Curso que puede llegar a ser de magníficos resultados. Me refiero al Curso de Arquitectura. Con la valiosa buena voluntad del H. Congreso Nacional y del Poder Ejecutivo—particular del cual es un deber de justicia dejar constancia—se ha podido incrementar dicho Curso, cuyo Profesorado se ve hoy aumentado, con el ingreso de dos competentes catedráticos, los señores Ingenieros don Francisco Manrique y don José Antonio Gómez Gault. El proyecto acerca de esta sección universitaria, es la de no circunscribir su acción a la enseñanza de Arquitectura, que ya existe y que tan necesaria es en una ciudad de construcción generalmente provisional como la nuestra, sino exten-

derla a otros ramos, de manera que puedan prepararse en ella Agrimensores, Topógrafos, etc. Y si, como es de esperar, esa sección prosigue su desarrollo, pronto podríamos ofrecer nuevos e interesantes cursos. De manera especial me permito llamar la atención de los jóvenes que desean ingresar a la Universidad, respecto de este campo de estudio.

Particular y grata mención tengo que hacer, de la actuación de los Centros Anexos a esta Universidad. A pesar de que, casi a raíz de su fundación, comenzó la época de vacaciones, dichos Centros han venido laborando, dedicados, como era natural, en primer término, a la formación de sus Reglamentos. En la hora presente, el Centro de Estudios Internacionales, que cuenta hoy con nuevos prestigiosos miembros, ha tenido mayor oportunidad para su gestión, y la Universidad de Guayaquil debe sentirse satisfecha de que, por intermedio de aquella distinguida agrupación, haya participado en asuntos de vital importancia. El Centro de Estudios Económicos que, en estos instantes, está llamado a realizar, asimismo, una obra de verdadera trascendencia, dada la calidad de los miembros que la forman y la palpitante actualidad de los problemas que corresponden al ramo de su incumbencia; y el Centro de Estudios Literarios, en cuyo seno hay valores que honran las Letras Ecuatorianas, han venido sesionando, también, para demostrar el interés que en ellos existe, respecto a la dilucidación de los problemas científicos y al refinamiento de las manifestaciones artísticas, tan íntimamente relacionadas con la prosperidad y buen nombre de nuestra Patria.

Como Rector de la Universidad de Guayaquil, declaro solemnemente inaugurado el curso de 1.933 a 1.934, y agradezco debidamente, a las personas que nos han dispensado la honra de solemnizar este acto con su presencia.